



A las críticas de Mario Cánepa no las vence ni la muerte

El investigador de la historia del teatro y de la ópera, del Municipal y de Alejandro Flores, encarna en un difunto su espíritu crítico.

Un duende presenta "La muerte quiere vivir" (ediciones Mauro, 1989), catalogada como "novelita" por su autor, Mario Cánepa Guzmán.

El espectro fraterno y jovial de Andrés Sabella, liberado por la eternidad de miopía, achaques y descañados, opina en la contratapa de este libro.

Sabella, —quien todavía nos hablará por muchísimos años más con voz perfumada a tinta de imprenta—, retrata a Cánepa: se da la paradoja de que un querido y añorado espectro presente a este Cánepa, dramaturgo, poeta, investigador y escritor que aún se mantiene vivo y refulgente.

Cánepa Guzmán propone allí un juego: en algún nicho del cementerio, un difunto decide escribir sus memorias "póstumas".

Mecanismo literario que fácilmente se puede entroncar con las danzas de la muerte medievales, con los alegres cultos a los esqueletos de galletas de los mexicanos, y hasta con oscuros mitos etruscos de sueño y ultratumba.

Pero Cánepa Guzmán parte consigo mismo: no pide prestadas armas para su aventura. A poco de jugar con este difunto insatisfecho en sus ambiciones literarias, se enreda en su propia burla. Y empieza a hablar por boca de su personaje.

¿Qué plan de trabajo puede tener un finado, horizontal, mirando la oscuridad de su nicho? Los recuerdos fluyen a borbotones, en un "desorden sepulcral".

En esta historia no hay conflictos místicos: ni siquiera se hecha de menos la citación para un juicio final. Tal vez, Dios exista, parece la conclusión, pero está preocupado en otra cosa...

En cambio, junto a otros muertos igualmente campechanos, el protagonista echa a andar en huesos, ya que no en cueros, por el camposanto, conservando su curiosidad por más tiempo que su envoltura terrenal.

Es demasiado el goce del autor frente a esta posibilidad, realmente descarnada, de criticar las vanidades de la vida.



En su variada producción, "La muerte quiere vivir" es la más reciente obra (1989) de Cánepa.

Y su personaje de ficción se vuelve en momentos su propia identidad. Se adivina en los regaños del occiso la mirada desaprobadora de Cánepa.

El diario de vida de un muerto.

Sin relación alguna, por cierto, con el "Diario de muerte", sobrecogedor, desgarrado, recopilado de los apuntes de Enrique Lihn en su agonía.

"La muerte quiere vivir", en cambio, es a modo de placido rezongo hecho desde la mecedora.

El traslado de punto de vista permite opinar sobre el propio entierro, sobre la progresiva escasez de flores en la tumba, sobre las reacciones de deudos y conocidos.

Es un juego, siempre. Se pierden la carne y la vida, pero los celos, la coque-

teria y otras debilidades se mantienen. Al recorrer la obra de 80 páginas, nos parecen semejantes las experiencias de un lado y otro de la vida.

Dice Cánepa: "... el Presidente del Sindicato de Actores continuaba enterrando a los últimos artistas de la vieja guardia, con sentidas palabras y el bisbeté canoso, el que había tenido la delicadeza de envolver al paso del tiempo. Cuando él falleciera, ¿quién o quiénes le dirían el responso póstumo?"

Acostumbrado a barajar difuntos en sus valiosos compendios como "El teatro en Chile", "La ópera en Chile", "El Teatro Municipal" o "Alejandro Flores", Cánepa Guzmán usa en su novelita cierta familiaridad que no es desenfado, para contar hechos y anécdotas cuyos intérpretes ya no pueden agradecer o comentar.

No se priva tampoco de algunos efectos gruesos, como cuando descubre el comienzo de su postera descomposición carnal a modo de un coquillo en los pies, cuyo origen es fácil imaginar. Y una modesta habitación que compartió con su amante le hace decir, en romanticismo trunco: "¡Cuántas noches de dicha pasamos en ella! ¡Cuántas palabras de amor no escucharon sus paredes! ¡Y cuántos chinchos nos picaron mientras dormíamos!"

Pero, principalmente, es una crítica a las costumbres, a los tiempos, a la mentalidad actual.

Curiosamente, hay una segunda muerte: los fantasmas que a veces se sienten resfriados, también tienden a desvanecerse. Y los vemos así, un poco traslúcidos, más como comparsas o papel pintado que como identidades o personajes que propongan una modalidad de acción.

Crítica social, con un acento que hemos escuchado al propio Mario Cánepa Guzmán, de cuerpo presente. Atribuida esta vez a un difunto, para agregar un atractivo macabro al esbozo costumbrista.

A las críticas de Mario Cánepa no las vence ni la muerte

[artículo] Rodolfo Gambetti.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gambetti, Rodolfo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A las críticas de Mario Cánepa no las vence ni la muerte [artículo] Rodolfo Gambetti. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile